

EN LOS DOMINIOS DE AMAZON

EN LOS
DOMINIOS
DE
AMAZON

RELATO DE UN INFILTRADO

Jean-Baptiste Malet

Trama editorial

Título original:

En Amazonie : Infiltré dans le «meilleur des mondes»

World copyright © Mil et une nuits,
département de la Librairie Arthème Fayard, 2013

DE LA TRADUCCIÓN

© Te, 2013

DE ESTA EDICIÓN

© 2013, Trama editorial

Blanca de Navarra, 6

28010 Madrid

Tel.: 91 702 41 54

trama@tramaeditorial.es

www.tramaeditorial.es

DISEÑO GRÁFICO

Miguel San José Romano

ISBN 978-84-92755-98-1

DEPÓSITO LEGAL M-25477-2013

Impreso en España - *Printed in Spain*

ÍNDICE

I	II
II	17
III	24
IV	32
V	35
VI	37
VII	50
VIII	59
IX	66
X	71
XI	76
XII	84
XIII	93
XIV	95
XV	105
EL VADEMÉCUM DEL TEMPORERO (TERMINOLOGÍA AMAZONIANA)	
Ficha <i>Picking</i>	108
Reglas de seguridad	110

Para cubrir el incremento de actividad cuando se acercan las fiestas navideñas, Amazon contrata a miles de trabajadores temporeros. Por primera vez en Francia, un periodista decide infiltrarse en uno de los almacenes logísticos de la multinacional, integrándose en uno de sus equipos de noche.

Todos los nombres son ficticios.

I

En medio de un inmenso campo de hormigón lleno de señales deterioradas y de carteles publicitarios, cuatro neumáticos mojados se deslizan sobre la carretera de una zona industrial. El reflejo de una más de tantas glorietas aparece en el espejo retrovisor antes de irse reduciendo hasta desaparecer. Hacia adelante, entre el barrido de los limpiaparabrisas, se hace visible una forma grisácea. Bajo el diluvio, la dirección se anuncia en un cartel de hierro que chorrea:

AMAZON FR. LOGÍSTICA

El automóvil se sigue deslizando lentamente a lo largo de la valla que rodea un inmenso edificio de chapa, en el que se abren docenas de muelles de descarga para transportes pesados. En el estacionamiento, al otro lado del recinto, los numerosos vehículos de los trabajadores están perfectamente alineados y aparcados con el motor hacia atrás. No quiero quebrantar las reglas; apago el motor y salgo corriendo bajo una tromba de agua en dirección al lugar en el que los servicios de prensa de la multinacional estadounidense prohíben la visita de los periodistas. Subo por una corta escalera metálica y empujo una de las dos puertas de entrada. Aquí estoy, libre de la lluvia, frente al mostrador de seguridad tras el que se amontonan una decena de vigilantes uni-

formados. Por encima de las cabezas de los agentes de seguridad está colocada una placa conmemorativa de la inauguración del almacén, tres años antes, realizada en el estilo indeleble de los carteles de la multinacional: «Viva la economía digital», se lee en una de las frases.

A unos cincuenta metros detrás de ellos, cuatro tornos de metal permiten acceder al taller. Al final de ese pasillo, en su perspectiva, surge una inmensa muralla de mercancías. Una increíble cantidad de paquetes se amontonan sobre inmensos palés. Este enorme montón está soportado por una colosal estructura metálica pintada de azul, a cuyo alrededor hace acrobacia un obrero equipado con casco y chaquetón. La muralla de productos manufacturados se levanta como un tótem gigantesco bajo la estructura de madera sobre la que se deslizan canalizaciones de rojo intenso. De lo alto de la chapa penden cables eléctricos como lianas, para que iluminen el almacén como líneas perfectas de potentes soles artificiales. Bajo esta desagradable luminosidad, se encadena sin fin la rotación de los equipos de trabajadores allí situados.

Ya suenan las puertas de las taquillas metálicas. Ha llegado la hora. Antes de acceder al taller, todos los empleados se quitan la ropa y pasan por delante de un grupo de agentes de seguridad con sus fuertes brazos cruzados; vibraciones y ruidos se escapan de sus transmisores. Tras la pantalla de un ordenador, un hombre en jersey antracita escruta atentamente la imagen de un trabajador en cucullas que manipula en la zona de seguridad bolsas con teléfonos portátiles. Con la palma de la mano en la perilla, el vigilante no mueve su cráneo rubicundo completamente rasurado más que para cambiar el canal de video-vigilancia. Para matar el tiempo, otro hombre de negro está dando golpecitos en la palma de su mano izquierda a su detector de metales, tan largo como la porra que tiene en la derecha. Los candados que los trabajadores acaban de cerrar todavía oscilan en las puertas de las taquillas metálicas, produciendo sus últimos balanceos antes de quedar inmóviles durante largo tiempo. En uno de estos vestuarios, un cartel sobre el que se han colgado fotografías, los lemas para los trabajadores están redactados en inglés. En mayúsculas, destaca el lema de la empresa: